EL TRANSNACIONALISMO HISPANO, UNA DOCTRINA PARA LAS AMERICAS

DOR

José Pedro Galvao de Souza.

Se ha caracterizado la nación como un proyecto, ideas que corresponden a la marcha histórica de la comunidad nacional apuntando a objetivos que no se deben reducir apenas al desarrollo económico de las metas tecnocráticas. La nación es el pasado, el presente, y el futuro. Se asemeja a un árbol, que no puede dar fruto si no recibe la savia que le viene de las raíces. Esa savia, en el caso de las naciones, es la tradición, elemento por excelencia caracterizador de cada una de ellas. Pueblos sin tradición se vuelven árboles secos, higueras estériles.

La tradición nos da el elemento esencial de una nación por ser ésta una comunidad de herederos, recibiendo y debiendo transmitir el legado de los antepasados. Transmitir o entregar en la expresión latina tradere. De donde tradición, una entrega constante. Tradición que no es conservación estática, sino más bien dinamismo del movimiento, del progreso, de la vida.

Tradición que, por eso mismo, viene del pasado y tiene los ojos vueltos hacia el futuro. Y que en el decir del gran historiador chileno Jaime Eyzaguirre, "no es una nostalgia sino una esperanza".

Nacionalismo asociativo.

La nación se compone de pequeñas comunidades, que viven en regiones diferentes, señaladas por particularidades distintivas: ciertas costumbres, el folklore y a veces los dialectos. Las autonomías regionales, debidamente entendidas, lejos de oponerse a una política nacionalista equilibrada, sirven para fortalecer la unidad nacional. En este sentido es saludable recordar aquellas palabras de Vázquez de Mella, en uno de sus memorables discursos parlamentarios pronunciado ante las Cortes Españolas. "La nación es un río formado por afluentes que son las regiones; no nació de una sola fuente, está formado por esos afluentes que aunque pierdan sus aguas y tuerzan su cauce en arenales, pueden existir sin el río; el río sin ellos, no. Luego es política insensata la de secar los afluentes, pensando que así se va a aumentar el agua del río".

Entre el localismo del terrón natal y el ámbito más extenso abarcado por la nación hay, pues, agrupamientos o colectividades intermediarias que se integran en la comunidad nacional.

El nacionalismo tiene, pues, un matiz federalista, aplicándose aquí el principio federativo no como expresión de una forma particular de Estado, opuesto al Estado unitario, sino más bien como modalidad agregativa de sociedad que une para construir conjuntos de mayor amplitud.

Por otro lado, una nación se aproxima naturalmente a otras naciones afines, existiendo entre ellas lazos de comprensión, amistad y cooperación dictada por ideales comunes, pudiendo deducir de allí alianzas políticas fundadas en razones profundas provenientes de la historia y de los orígenes étnicos y culturales. Tales alianzas se dan también entre pueblos de nacionalidad muy diversa y sin el mismo pasado histórico, dictadas por intereses económicos o por imperativos geopolíticos. Pero cuando ellas se forman entre naciones hermanas, vemos entonces que el nacionalismo se completa por una especie de transnacionalismo, como ocurre con los pueblos que componen la comunidad hispánica en el mundo (o la anglosajona, la germánica, la eslava, la de los pueblos árabes y otras, entendidas según los criterios de la razón, de la historia y del derecho de las gentes).

Es precisamente con miras a las naciones hispánicas de América que cumple localizar aquí la problemática del nacionalismo.

Por naciones hispánicas deben ser entendidas todas las de progenie lusa o española. Se destacan ellas en el cuerpo de la latinidad por la colonización que recibieron —en el sentido de una acción civilizadora superior (de *colere*: cultivar) y no de un colonialismo que nun-

ca existió— y por los trazos peculiares de los cuales resulta esa raza cósmica, de que nos habla el pensador mexicano José Vasconcelos, la síntesis viviente en el decir del maestro peruano Víctor Andrés Belaúnde.

Cumple recordar que las naciones como los individuos tienen una vocación en el plan de la Providencia. Cada una de ellas ha de dar proseguimiento a su misión histórica. Dicho esto podemos percibir el sentido de nación en cuanto comunidad de herederos en la realización de un proyecto (el presente, el pasado y el futuro). Herederos que reciben y transmiten un patrimonio común con miras a hacer efectivo los objetivos nacionales.

El transnacionalismo hispánico.

Es frente a la cultura moderna, de orígenes protestantes y racionalistas que se delínea netamente en la época de los Descubrimientos, la misión histórica de Portugal y de España. En casi ocho siglos de Reconquista, en la lucha contra el Oriente, los pueblos de la península ibérica se fueron constituyendo en baluarres de la Cristiandad. En el mismo año en que el último reducto moro en España es acometido por Fernando e Isabel, Colón llega por primera vez a América. Cuando la Cristiandad se fragmenta en Europa, dividida espiritual y políticamente como consecuencia del protestantismo, ella ve abrirse ante sí nuevos y amplísimos horizontes, pues "la conversión de los gentiles a la Fe Católica" es el fin principal de la empresa marítima y colonizadora de portugueses y españoles, según los términos del Regimiento dado por D. Juan III al primer Gobernador General del Brasil y como se deriva de las admirables Leyes de Indias de la reina de Castilla. O sea, en la expresión de los "Lusiadas", la "dilatación" de la Fe y del Imperio.

Nacidas bajo el signo de la Cruz, y continuando en el Nuevo Mundo aquella unidad católica mantenida incólume en España y en Portugal, mientras se perdía más allá de los Pirineos, las naciones hispanoamericanas tuvieron toda su trayectoria histórica marcada por los ideales de la Cristiandad, hasta que vinieron a sufrir los efectos disgregantes de las influencias ideológicas revolucionarias y de las costumbres europeas o yanquis, a partir del siglo XVIII, pero principalmente después de haberse constituido en Estados independientes. Esto sin hablar todavía de los imperialismos políticos y económicos, a los cuales se suman hoy las actividades de las empresas multinacionales.

Al Brasil y a las naciones de ascendencia española en América importa estar alerta para la preservación de su patrimonio de cultura. Si el nacionalismo implica, por parte de sus gobiernos, la defensa de las fuentes de riqueza nacional, requiere también urgentemente un esfuerzo intrépido para que los valores éticos de la comunidad no se vengan a perder o disminuir ante aquella invasión de ideas y costumbres desnacionalizantes, sirviéndose de todos los medios de penetración: el libro, la revista, el periódico, la radio, la televisión, el cine, el teatro, la escuela, la universidad... se trata sobre todo de preservar la familia, célula social, en su fe, en sus sentimientos, en sus costumbres tradicionales para mantener la gran familia histórica que es la nación.

Obra ingente que sólo puede ser llevada a cabo a partir del momento en que la vinculación de todos nuestros pueblos vecinos y hermanos entre sí sea más fuerte y que sus gobiernos estén capacitados para servir a las respectivas naciones procurando siempre mantener intangibles los ideales que constituyen la razón de ser de las nacinalidades integrantes del mundo hispánico.

Cuando el Occidente se desune y cede cobardemente al poder comunista en la expansión del marxismo por todo el mundo, esa obra de defensa y preservación en el plano del transnacionalismo hispánico representa la última esperanza de que la propia civilización occidental no llegue a perecer. Es preciso restituir a esa civilización los valores que ella comprometió desde la época del Renacimiento, y está ahora perdiendo por completo valores que España, Portugal y las naciones de su estirpe hasta hoy, a pesar de los pesares, consiguieron mejor resguardar.

La esperanza en nuestros pueblos la deposita hasta el gran historiador Toynbee, que, siendo inglés y protestante, con mucha probidad declaró, frente a un auditorio de los Estados Unidos, los siguiente: "Los españoles y portugueses, cristianos y católicos, llevaran a cabo un sentido colonizador peculiar: no sólo comieron su pan con los indígenas que civilizaron, sino que también se casaron con ellos. Si el género humano llega un día a reunirse en una sola familia, será gracias a ellos y no a nosotros".

De dos maneras cabe al nacionalismo de nuestros pueblos en las Américas, completado por esa visión del transnacionalismo hispánico, inspirar la actuación de los gobiernos y de las clases intelectuales y dirigentes.

Primero, suscitando una actitud defensiva frente al enemigo, empeñado en destruir a la Cristiandad, aún viva y vigorosa entre nosotros; enemigo que tiene una cabeza de puente en Cuba, estuvo a punto de dominar el Brasil y Chile, y actúa sagazmente, infiltrado por todas partes, sobre todo en las universidades y en los medios de comunicación de masas. Defensa mediante la cual se tratará de preservar la comunidad hispánica en las Américas, no permitiendo que venga a sufrir el mismo destino de la comunidad lusíada destruida en Africa.

Pero, además de eso, importa mucho la afirmación de los valores de la civilización cristiana, consubstanciales a nuestros pueblos y de los cuales ellos fueron siempre los abanderados, valores hoy esfumados en la conciencia del Occidente. Y es preciso también que se muestre la capacidad de institucionalizar políticamente la comunidad nacional, dentro de las características peculiares a cada una.

Esto sólo podrá ser obra de una imaginación creadora inspirada en nuestro estilo de vida y no en fórmulas extranjeras, extrañas a nuestra manera de ser, copiadas servilmente, como ha ocurrido hasta hoy en las marchas y contramarchas de nuestros inadecuados regímenes constitucionales. Sólo así llegaremos a reconciliar el Estado con la Nación poniendo fin a ese antagonismo entre el "país legal" y el "país real", producido por las clases políticas relegadas y hoy resultantes de los planeamientos tecnocráticos.